

de ellos, sin escribir un gran volúmen, y me limitaré á lo que pertenece exclusivamente á México.

El conde de Buffon y Mr. de Paw parecen convencidos de que todo el terreno de América se reduce á montes inaccesibles, á bosques impenetrables y á llanuras anegadas y pantanosas. Leyeron sin duda en las descripciones de aquel país, que los famosos Andes, ó Alpes americanos, formaban dos larguísimas cadenas de montes altos y cubiertos en gran parte de nieves; que el vasto desierto de las Amazonas se compone de bosques espesos; que Guayaquil, y tal cual otro pueblo, son húmedos y pantanosos, y esto bastó para que no viesen en todo aquel continente sino pantanos, sierras y espesuras. Leyó Mr. de Paw en la Historia de Gumilla lo que dice aquel autor acerca del modo que tenían los indios del Orinoco de preparar el terrible veneno de sus flechas; en la Historia de Herrera y en otros autores, que los canibales y otras naciones bárbaras usaban de flechas envenenadas, y de aquí sacó que "el nuevo continente produce mayor número de yerbas venenosas que todo el resto del mundo." Leyó que en las tierras demasiado calientes no nace trigo ni prosperan las frutas de Europa, y no necesitó de más para decir que "los albréchigos y albaricoques solo han fructificado en la isla de Juan Fernandez,"¹ y que "el trigo y la cebada no han granado sino en algunos países del Norte."

Nada es cierto, con respecto á México, de todo lo que dice contra el terreno de América. Hay ciertamente en aquel país montañas elevadísimas y cubiertas de nieves eternas: hay grandes bosques y algunos puntos pantanosos; pero es, sin comparacion, más vasto el terreno fértil y cultivado, como lo saben cuantos lo han visto. En todo aquel inmenso espacio en que ahora se siembra trigo, cebada, maíz y otras especies de plantas cereales y leguminosas, de que abunda infinitamente aquel país, se sembraba ántes maíz, pimiento, judías, cacao, chia, algodón y otras plantas que servian á las necesidades y placeres de aquellos pueblos, los cuales, siendo tan numerosos, como he dicho en la Historia y demostraré en otra parte, no hubieran podido tener con que subsistir, si la tierra hubiera sido una continuacion de montes, bosques y pantanos. El conde de Buffon, que en su tomo I dice que la América no es mas que un pantano continuo, y en el tomo V afirma que las montañas inaccesibles apénas dejan allí pequeños espacios para la habitacion de los hombres, en el mismo tomo confiesa que los pueblos de México y del Perú eran bastante numerosos. Pero si estos pueblos, que ocupaban una grandísima parte de la América, eran bastante numerosos, y vivian, como él dice, en sociedad y bajo la direccion de las leyes, no es posible que el país que los alimentaba fuese un vasto pantano; si estos pueblos tan numerosos se sustentaban, como es cierto, de los granos y frutos que cultivaban, no pueden ser pequeños los espacios que los montes inaccesibles dejan á la agricultura, y á la habitacion de los hombres.

La muchedumbre, la variedad y la bondad de las plantas de México no dejan la menor duda acerca de la prodigiosa fertilidad de su suelo. "En los pastos, dice el P. Acosta, es excelente el terreno de México, y es increíble la multitud de caballos, vacas, ovejas y otros cuadrúpedos que allí se crían. También

¹ A fin de mostrar cuánto se aparta de la verdad Mr. de Paw, es necesario saber que en la miserable isla de Juan Fernandez, donde dice que se crían tan bien los albréchigos, hay muy pocos, y éstos malos, como lo he oído decir al presbítero D. José García, valenciano, que estuvo allí siete meses, y en la estacion de las frutas. Por el contrario, en casi todos los países templados y frios de América, donde cree Mr. de Paw que no hay albréchigos, se dan excelentes, y en algunas partes, como en Chile y en varios pueblos de México, mejores que en Europa.

es abundante tanto en frutas como en toda clase de granos." En efecto, no hay grano, legumbre, hortaliza ó fruta que no prospere en aquella tierra venturosa. El trigo, que apénas concede Mr. de Paw á pocos distritos del Septentrion, no nace generalmente en las tierras demasiado cálidas de México, como tampoco en la mayor parte de Africa y en otros muchos países del antiguo continente; pero las tierras frias y templadas de las provincias mexicanas, lo dan de excelente calidad y más abundante que en Europa. Baste decir que el que se coge en la diócesis de la Puebla de los Angeles es tanto, que del que sobraba, despues de provistos sus innumerables habitantes, se proveian las islas Antillas y la escuadra que habia en la Habana con el nombre de Armada de Barlovento. En Europa no hay mas que una siembra y una cosecha: en México hay muchas. Torquemada, autor europeo, que estuvo muchos años en aquellos países y los recorrió en todos sentidos, dice: "En las tierras en que se cultiva el trigo, se ve en cada estacion del año un trigo que se está segando; otro que empieza á madurar; otro que aun está verde, y otro que se siembra; y ahora, que es el mes de Noviembre, se verifica así, pues vemos la siega del trigo temporal, el de riego,¹ que va creciendo en Atlixco y en otros lugares, mientras se está haciendo en otros la siembra: lo que demuestra la maravillosa fertilidad de la tierra."² El mismo autor hace mencion de muchas tierras que daban 60, 80 y 100 por uno; y en nuestros dias se ha visto aquella extraordinaria multiplicacion de trigo en muchos campos,³ siendo generalmente cierto que dando más productos que los de Europa, exigen ménos cultivo, como es notorio á los europeos inteligentes que han viajado por aquellas regiones. Lo que decimos del trigo se puede aplicar á la cebada, aunque de ésta no se siembra sino lo necesario para mantener los caballos, las mulas y los puercos. Mucho más podría decir del maíz, que es el grano propio de aquella parte de América.

Mr. de Paw dice que todas las plantas de Europa han degenerado en América, excepto las acuáticas y jugosas; y para apoyar este despropósito, añade que "los albréchigos y los albaricoques solo han fructificado en la isla de Juan Fernandez." Aunque le concediésemos que ningun país de América da aquellas dos clases de frutas, no por esto habria probado su asercion; pero el hecho en que se funda es enteramente falso. El P. Acosta, hablando de aquellas frutas en particular, dice: "Prosperan allí los albréchigos, los melocotones y los albaricoques;⁴ pero mejor que en ninguna parte, en México." En todo aquel país, excepto en las tierras muy calientes, han prosperado aquellas frutas y todas las otras que se han llevado de Europa, y nacen en gran abundancia, como

¹ El trigo llamado de *riego* se siembra en Octubre, en Noviembre ó en Diciembre, y la cosecha se hace en Mayo ó en Junio: el de *temporal* se siembra en Junio y se siega en Octubre; y el *aventurero* se siembra en Noviembre y la cosecha no tiene época fija.

² Torquemada, lib. I de la *Monarquía Indiana*, cap. 4. Véase también lo que dice acerca de la abundancia de frutas en todas las estaciones, y Herrera en muchas partes de su obra.

³ Yo he estado en países en que la tierra solia dar 50 por uno, y he sabido de otros en que daba hasta 100. En Sinaloa, aunque es país caliente, la tierra suele dar 200 por uno, segun me ha informado una persona digna de fé que estuvo allí muchos años. Mi erudito amigo el profesor D. Juan Ignacio Molina, dice en su *Historia Compendiosa de Chile*, publicada en Bolonia, que en aquellos países el trigo da comunmente 150 por uno. La fanega se vende á precio ínfimo, y cada año van al Perú 30 buques cargados de trigo, quedando mucho en el país.

⁴ Acosta, lib. IV, cap. 31. Es tanta la abundancia de albréchigos en México, que se suelen dar dos, tres y aun cuatro veintenas por la moneda más pequeña del país. En Chile se cuentan hasta doce especies de albréchigos, y los hay tan grandes, que algunos pesan una libra española. Así lo asegura Molina. Véase lo que dice el P. La Feuillée acerca de su delicadísimo sabor.

atestiguan todos los viajeros. ¹ "Finalmente, dice Acosta hablando de la América en general, casi todo lo bueno que produce la España, lo hay allí, en parte mejor, y en parte no: trigo, cebada, ensaladas, hortalizas, legumbres, etc." ² Si hubiera hablado solo de México, hubiera podido omitir el *casí*.

"Hay otra ventaja, añade el mismo, y es que en América se dan mejor los productos de Europa, que en Europa los de América." ¿Y parecerá pequeña esta ventaja á Mr. de Paw? Esto solo bastaria para demostrar que si hay algun exceso, está en favor de América. En México prosperan admirablemente, como dicen muchos escritores y como saben todos los que han estado allí, el trigo, la cebada, el arroz y todos los otros granos de Europa; las judías, los guisantes, las habas y todas las legumbres; las lechugas, las coles, los nabos, los espárragos y otras ensaladas y raíces, y en general, toda especie de hortaliza; los albrichigos, las manzanas, las peras y otras frutas; las rosas, las violetas, los claveles, los jazmines, la albahaca, la yerbabuena, la mejorana, el toronjil y otras flores y plantas europeas; pero en Europa no prosperan ni pueden prosperar las plantas americanas. El maíz se cultiva en Europa, pero es mucho más pequeño y de inferior calidad que el de América. De las muchas y sabrosas frutas del Nuevo-Mundo, algunas, como el plátano y la piña, han fructificado en los jardines europeos, gracias á las estufas y á un grandísimo esmero; pero ni tan bien sazonadas ni con tanta abundancia como en su propio país. Otras más apreciadas, como la chirimoya, el mamey y el chicozapote, no sabemos que se hayan podido aclimatar, á pesar de la industria y del saber que en ello se ha empleado. La causa de esta gran diversidad entre Europa y América, es la que señala el mismo Acosta, esto es, "porque en América hay mayor variedad de temperaturas que en Europa, y así es más fácil dar á cada planta el temple que le conviene." Y como no es prueba de la esterilidad de Europa que no se den en ella las plantas propias de América, tampoco podrá inferirse la esterilidad de algunas partes de América, de que no se den allí algunas plantas de Europa.

Non omnis fert omnia tellus,
Hic segetes, ibi provenient felicius uvæ. ³

Antes bien, puede asegurarse que los países cálidos, que se niegan á la producción del trigo y de las frutas europeas, son más fecundos y amenos bajo otros aspectos, como saben los que en ellos han residido.

Yo, sin embargo, no dudó que si se quiere hacer un parangon entre los dos continentes, se hallarán casi iguales en sus producciones, porque en Asia y Africa hay tierras y climas proporcionados á todas las plantas de América, las cuales, por causa de la diversidad de aquellos dos elementos esenciales, no pueden prosperar en Europa. Pero ¿qué ventaja sacan los europeos de lo que produce el Asia? Por el contrario, los Mexicanos, rodeados de países en que reinan toda clase de climas, gozan de todos los frutos que éstos favorecen. La plaza de México (así como las de otras muchas ciudades de América) es el centro de

¹ Las peras se venden tambien por veintenas en México, y hay más de cincuenta especies. Gemelli habla de la cuantiosa renta que sacaban de las frutas europeas de su jardín, los carmelitas de San Angel, pueblo distante siete millas de la capital, y del producto de la hortaliza que cultivaban en su pequeño huerto los dominicanos de San Jacinto, en un arrabal de la misma.

² Acosta, lib. 4, cap. 31.

³ No toda especie de tierra produce todos los frutos; una es más propia para el cultivo de las mieses, otra para el de las vides.

todos los dones de la naturaleza. Allí se ven la manzana, el albrichigo, el albaricoque, la pera, la uva, la cereza, el camote, la jicama, la nuez y otras innumerables frutas, raíces y yerbas sabrosas que se crían en los países fríos y templados; la piña, el plátano, el coco, la anona, la chirimoya, el mamey, el chicozapote, el zapote negro y otros muchísimos de las tierras cálidas; el melon, la sandía, la naranja, la granada, el aguacate, el zapote blanco y otros, comunes á países calientes y fríos. En todas las estaciones del año se ve aquel mercado abundantemente provisto de varias frutas exquisitas, y aun en la época en que los europeos no tienen mas que castañas, y cuando más las uvas y manzanas que su industria sabe conservar. Todo el año, sin exceptuar el invierno, entran en aquella plaza, por uno de los canales, innumerables barcas, cargadas de frutas, flores y hortalizas; de modo que parece que todas las estaciones y todos los países son tributarios á las necesidades y placeres de aquellos habitantes: díganlo los europeos que han tenido la satisfacción de verlo.

No es menor la abundancia de aquella tierra en plantas medicinales: basta para esto ver la obra del célebre naturalista Hernandez, en la cual se describen y dibujan más de 900 plantas (la mayor parte de ellas nacidas en los alrededores de la capital), cuyas virtudes ha dado á conocer la experiencia, además de otras 300 cuyo uso no es conocido. No hay duda que en este largo catálogo faltan otras innumerables. Mr. de Paw, por el contrario, dice que la América produce mayor número de plantas venenosas que todo el resto del mundo. Pero ¿qué sabe él de las que se crían en lo interior del Asia y del Africa? Siendo tan grande la fertilidad de aquel suelo, no es extraño que abunden en él toda clase de vegetales. Pero á la verdad yo no sé que hasta ahora se hallan descubiertos en México ni la vigésima parte de las plantas ponzoñosas del continente antiguo, de que hacen mencion en sus libros los naturalistas y los médicos europeos.

En cuanto á las gomas, resinas, aceites y otros jugos que despiden los árboles, ó espontáneamente, ó ayudados por la industria humana, es admirable, como dice el P. Acosta, el terreno de México, por la abundancia de esta clase de productos. Hay bosques enteros de acacias, que son las que dan la verdadera goma arábica, la cual, por ser tan comun, no tiene valor en aquel país. Hay bálsamo, incienso, copal de muchas especies, liquidámbar, tecamaca, aceite de abeto, y otros muchos jugos apreciables por su suavísimo olor y por sus virtudes medicinales.

Aun esos mismos bosques que cubren el suelo de América, segun afirman el conde de Buffon y Mr. de Paw, acreditan su fecundidad. Siempre ha habido y en la actualidad hay en aquellas vastas regiones bosques espesos y sostenidos; pero no son tantos que no se pueda hacer un viaje de 500 ó de 600 millas sin encontrar uno solo. ¿Y qué clases de bosques son esos que tanto disgustan á aquellos dos escritores? Por lo comun, ó de árboles frutales, como de plátanos, mameyes, chicozapotes, naranjos y limoneros, cuales son los de Coatzacoalco, Mixteca y Michuacan; ó de árboles preciosos por sus maderas y por sus resinas, como los que separan el valle de México de la diócesis de la Puebla de los Angeles, y los de Chiapa, Zapotecas y otros. Además de los pinos, robles, fresnos, nogales, abetos y otros muchísimos, comunes á los dos continentes, hay mayor número de los propios de aquella tierra, que son los más apreciados. Encuéntranse bosques enteros de cedro, como en otra parte he dicho. El conquistador Cortés fué acusado por sus émulo ante el emperador Carlos V, de haber empleado en el palacio que hizo construir en México, 7,000 vigas de ce-

dro, y se excusó diciendo que el cedro era una madera comun del país. Lo es en efecto tanto, que con él se hacen las estacas para los cimientos de las casas, en el suelo pantanoso de la capital. Del justamente celebrado ébano, hay tambien bosques en Chiapa, Yucatan y Cozumel; del Brasil en las tierras calientes, y en otras partes, del oloroso aloe. El *tapinceran*, el *granadillo* ó ébano rojo, el camote y los otros de que he hablado en la Historia, suministran materias harto mejores que las que se emplean en Europa. Finalmente, para no detenerme en una larga y enojosa enumeracion, me refiero al P. Acosta, al Dr. Hernandez, á Jimenez y á otros autores españoles que han estado en México, sin embargo de que todo lo que dicen no basta á formar una idea de la fertilidad de aquella tierra. El P. Acosta afirma que en cuanto al número y la variedad de árboles incultos, es muy superior la América al Africa, al Asia y á la Europa.

Este último dato es decisivo; pues la naturaleza y propiedades de un terreno se dan á conocer mucho más por sus producciones espontáneas, que por las que nacen con el auxilio del arte. Comparemos, pues, las de Europa, no ya con las de América, sino tan solamente con las de México. "La causa, dice Montesquieu, de haber tantos salvajes en América, es la abundancia de frutas que da por sí misma la tierra y que les suministra un fácil alimento. Creo que no se gozarian de estas ventajas en Europa, si se dejase la tierra sin cultivo, y que solo produciría encinas y otros árboles inútiles." "Examinando, dice Mr. de Paw, la historia y el origen de nuestras legumbres, de nuestras hortalizas, de nuestros árboles frutales y aun de nuestros granos, se conoce que todos son extranjeros, y que han sido trasportados de otros climas al nuestro. Fácilmente puede concebirse cuán grande habrá sido la miseria de los antiguos galos y aun de los germanos, cuya tierra no producía en los tiempos de Tácito ningun árbol frutal. Si la Alemania debiera restituir todos los vegetales que no pertenecen originalmente á su terreno, ni á su clima, casi nada le quedaria, ni conservaria otros granos que la amapola y la avena silvestre." Lo que Mr. de Paw confiesa claramente de las Galias y de la Germania, podria decirse de los otros países de Europa, sin excluir la Grecia y la Italia, que han sido los almacenes de los demás. Si se quitasen al suelo de Italia las adquisiciones con que lo ha enriquecido la industria del hombre, ¿qué otra cosa le quedaria sino sus antiguas bellotas? Los nombres de *malum persicum*, *malum medicum*, *malum assyrium*, *malum punicum*, *malum cidonium*, *malum armeniacum*, *nux pontica*, etc., sirven á recordar el origen asiático y africano de las frutas que designan. "Se sabe, dice Mr. Busching, que las frutas mejores y más hermosas pasaron de Italia á los países que actualmente las producen. Italia las recibió de Grecia, de Asia y de Africa. La manzana viene de Siria, de Egipto y de Grecia; el albaricoque, de Egipto; la pera de Alejandria, de Siria, de Numidia y de Grecia; el limon y la naranja, de Media, de Asiria y de Persia; el higo de Asia; la granada, de Cartago; la castaña, de Castania en Magnesia, provincia de Macedonia; la cereza, de Cerezunto en el Ponto; la almendra, de Asia á Grecia, y de aquí á Italia; la nuez, de Persia; la avellana del Ponto; la aceituna, de Chipre; el albréchigo de Persia; el melocoton de Cidonia en Candia."

Plinio dice que los hombres no se alimentaban al principio de otra cosa que de bellotas. Aunque esto es falso con respecto al comun de los hombres, parece cierto con respecto á los primeros pobladores de Italia: al menos tal era la opinion de los antiguos, segun se lee en sus escritos. Plinio añade que aun en su tiempo muchos pueblos que carecian de granos, se estimaban ricos á proporcion de las bellotas que poseian, y con cuya harina hacian pan, como en los

tiempos modernos los noruegos lo hacian con corteza de pino, y otros pueblos con huesos de pescado. Mr. de Bomare asegura que todos los primores de los jardines de Europa son extranjeros, y que las principales flores que los hermosean vienen de Levante. El mismo Mr. de Paw hace una confesion más franca de la antigua miseria de los europeos, cuando asegura que las plantas útiles que ahora poseen, vinieron del Asia meridional á Egipto, de Egipto á Grecia, de Grecia á Italia, de Italia á las Galias, y de las Galias á Germania: así que, el terreno de Europa, en cuanto á sus producciones originales, es de los más pobres y estériles del mundo. Por el contrario, ¡cuán feraz y abundante no es el suelo americano, y especialmente el de México, en plantas propias y útiles á la manutencion, al vestido y á los otros usos sociales! Para convencerse de esta verdad basta leer las obras de los autores europeos que han escrito sobre la historia de aquel Nuevo-Mundo.

Véase, pues, cómo podrian responder los americanos al ridículo parangon que hace el cronista Herrera en su primera Década, y de que hemos hecho mencion al principio de este discurso. "En América, dice, no habia, como en Europa, limones, naranjas, granadas, higos, melocotones, melones, uvas, olivas, azúcar, arroz ni trigo." Los americanos dirian: 1.º Tampoco habia en Europa ninguno de esos frutos, ántes que se trajesen de Asia y Africa. 2.º Actualmente se hallan en América, y generalmente son mejores y más abundantes, especialmente la caña de azúcar, la naranja, el limon y el melon. 3.º Si la América no tenia trigo, tampoco tenia maíz la Europa, grano que no cede al trigo ni en utilidad ni en buenas cualidades: si la América no tenia naranjas ni limones, en el día los tiene; y la Europa no tiene, ni ha podido tener, chirimoyas, plátanos, aguacates, chicozapotes, etc.

Finalmente, los dos escritores á quienes he combatido en esta Disertacion, y otros historiadores y filósofos europeos, que tanto ponderan la esterilidad, los bosques, los pantanos y los desiertos de América, podrian acordarse de que los miserables países de Laponia, Noruega, Islandia, Nueva-Zembla, Spitzberg, y los vastos y horrendos desiertos de Siberia, Tartaria, Arabia, Africa y otros, pertenecen al antiguo continente y forman una cuarta parte de su extension. Y ¡qué países! Véase á lo ménos la elocuente descripcion que hace el conde de Buffon de los desiertos de Arabia. "Un país sin verdor y sin agua, un sol abrasador, un cielo constantemente seco, llanuras arenosas, montes aun más áridos que las llanuras, sobre las cuales se extiende la vista hasta donde puede alcanzar, sin encontrar un objeto animado: una tierra, por decirlo así, muerta y desollada por los vientos, en cuya superficie solo se ven huesos y guijarros esparcidos, rocas erguidas y destrozadas: un desierto desnudo, en que el caminante no respira jamás bajo la sombra, en que nada lo acompaña ni le recuerda la naturaleza viva: soledad absoluta, algo más espantosa que la de los bosques; pues á lo ménos los árboles son criaturas vivas, que dan algun alivio al hombre, el cual se halla solo, aislado, más desnudo y más abatido en estos lugares vacíos y sin término. Todo el terreno que lo rodea, se le presenta como una vasta sepultura; la luz del día, más melancólica que las sombras de la noche, no renace sino para hacerle ver su desnudez y su impotencia, y para presentarle á los ojos su horrenda situacion, alejando de ellos los límites del vacío, y ensanchando en torno el abismo de la inmensidad que los separa de la tierra habitada; inmensidad que en vano procuraria atravesar, pues el hambre, la sed y el calor sofocante, le abrevian los instantes que median entre la desesperacion y la muerte."